

Reflexión al partir del Evangelio de San Mateo 22, 34-40

30 Domingo del Tiempo Ordinario

Asia

Creciendo en un país Católico, a menudo oía esa frase de parte de la gente mayor deseando a los jóvenes que “crezcamos en el temor de Dios y el amor a los prójimos” (*temor se iguala con amor de Dios*). Aunque eso siempre fue un recordatorio, enseñanza o valor de nuestros antepasados, nuestros padres, y nuestra fe también nos enseña: “*Ibigin ang Diyos at ang kapwa*”, en español “*amar a Dios y al prójimo*”, ese inseparable amor de Dios y del prójimo parece ser un amor dicotomizado. Fe, religión, creencias, adoración es una realidad que parece tener menos efecto en la vida ordinaria. Por ejemplo: más de ochenta y seis por ciento de la gente es católica, pero tenemos el número muy alto de corrupción en el sistema de gobierno, quiere decir que el dinero siempre cuenta, y el interés propio es la primera prioridad, a pesar de alto número de pobreza y una brecha extrema entre los ricos y los pobres. Mi pregunta es: si eso es realmente el amor, ¿por qué no se busca un servicio genuino y el bien común? ¿por qué ese amor no transforma y no cambia vidas? Supuestamente, “*el amor es la medida de la fe y la fe es el alma del amor*” (Papa Francisco).

El Evangelio de hoy de San Mateo 22,34-40 nos habla del mandamiento más grande: “*Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, y con toda la mente. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo*”. Eso viene de la conciencia de que Dios nos amó primero y que nos ama incondicionalmente. Y desde esa experiencia brota el sentido de gratitud que nos mueve a amar a Dios y a nuestro prójimo.

Eso también nos recuerda que el amor depende de los actos del amor. Amor que busca complacer al amado, como lo expresaba Francisco Palau: “*Porque te amo, busca en el servicio la manera de complacerte*” (MR 9,7). El movimiento que sale hacia el otro para amar y servir con todo corazón, alma y mente.

Permanezcamos humildemente ante Dios para que, como en nuestro Fundador Francisco Palau donde el amor de Dios y del prójimo fueron íntimamente unidos en su experiencia espiritual (cf. Carta 21), también nosotros recibamos la gracia de la profunda experiencia o de unión con la Iglesia - Dios y el prójimo.